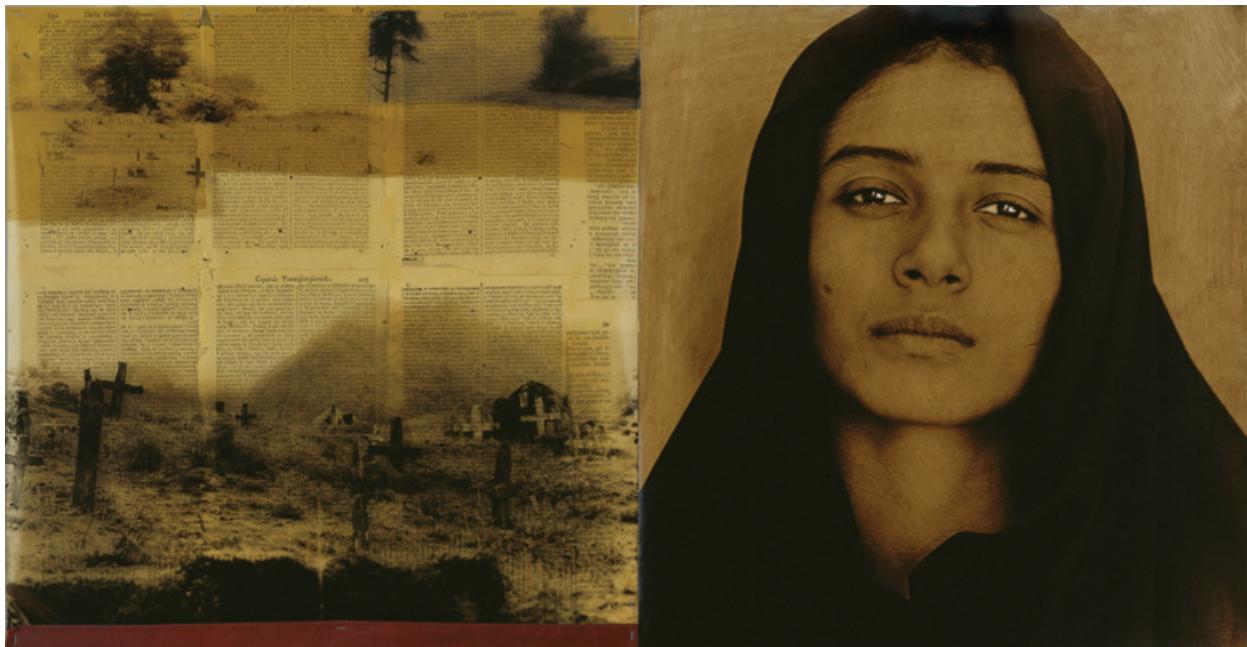


Aún el llano en llamas...



1

Luis González Palma. *Entre raíces y aire*. Técnica mixta. 100 x 50 cm.

Dicen que el verdadero oficio de los poetas es posar la mirada donde los demás pasamos de largo, contemplar con vehemencia lugares en los que no acertamos encontrar nada. Y allí, donde se extravía la realidad, se ocupan de advertir sobre la azarosa presencia del sentido de la vida.

Hace cien años, un miércoles, a los dieciséis días del mes de mayo, nació uno de estos hombres, Juan Rulfo. Un tipo sencillo, pero no por eso menos extraordinario. Su obra, que alcanza un poco más de doscientos de páginas escritas y publicadas, es tan larga y extensa como la misma América Latina, donde nació, pues su país, que es el de *Pedro Páramo* (1955), su obra culmen, y sin duda una de las más importantes de

la narrativa universal, y que se encuentra entre el Río Bravo y el Estrecho de Magallanes, limita al oriente con Europa y al occidente con Asia. Juan Nepomuceno Carlos Pérez Rulfo Vizcaíno, como fue bautizado, caminó desde los once años acompañado por la leve ausencia de sus difuntos padres, asunto que en algo debió haber ayudado para que con su prosa nos permita oír los murmullos ensordecedores de todos los muertos. Su trabajo se centró en encontrar un mundo oculto justo frente de nuestros ojos: Comala; una tierra extraña por lo familiar que resulta a cualquier lector hispanoamericano, donde nos podemos ver retratados sin aspavientos y donde se nos devela la esencia de nuestra tragedia, seamos hijos de ricos colonos o de pobres sirvientes, indios, negros, blancos o mestizos.

Para llegar a Comala, Juan Rulfo atravesó *El Llano en llamas* (1953), un compendio de relatos cortos que fue elaborando —aunque sea mejor decir encontrando— en la medida en que se acercaba a *Pedro Páramo*, en un ejercicio natural, sin grandes ademanes o artilugios estilísticos, proponiendo una literatura tan propia como la lengua nata, una obra honesta por antonomasia. Y, en un afán por escribir como se habla, llegó a una autonomía inadvertida antes.

Además, Rulfo, amante de la imagen, tomó fotos siempre en blanco y negro. Buscó sus personajes en rostros dibujados por un sol canicular como el que baña su Comala polvorienta y vívidamente agónica. El blanco y negro se torna dorado en la amplitud de tonos que alcanzan las imágenes de su objetivo; blanco y negro que a la vez habla de la relación de patronos y labriegos, de gendarmes e insurgentes, pero también de campo y ciudad. En sus fotos se ven gentes de Comala, calles de Comala, que parecen estar en cualquier pueblo donde nativos de ese inmenso país llamado Latinoamérica caminen, así lo hagan ya sin sus agobiados cuerpos, tal vez sólo con sus sombras sordas y pesadas. Alguna vez le preguntaron por qué tan sólo había escrito lo que escribió —aludiendo el periodista a su novela *Pedro Páramo*—, a lo que él respondió que sólo eso tenía para decir. ¡Qué lucidez y valor!

Pocos poetas alcanzan una obra inmensa con tan escasos trazos. Quizá sea este un don de quienes entienden que una sola vida es muy poco para dedicarla a hacer sólo una cosa. También dicen que uno es realmente aquello que no es capaz de dejar de hacer; tal vez por eso no sea claro que Rulfo sea fotógrafo o escritor, o agente de viajes, o todas a la vez.

Este número de la *Agenda Cultural Alma Máter* rinde así un homenaje a un narrador, tan complejo como modesto, que transformó la idea de la literatura hispanoamericana, dando sentido



Luis González Palma. *Mientras esperaba pensaba en el sueño*.

Película ortocromática, láminas de oro. 89 x 87 cm. /
50 x 50 cm. 2004

a una forma de relato necesario para entendernos, mirarnos y reconocernos. Aquí, acompañando a Rulfo, quien además hace presencia con su memoriosa prosa (con el cuento: “¡Diles que no me maten!”), están los escritores y académicos Diana Paola Guzmán Méndez, Juan Carlos Orrego Arismendi, Simón Andrés Villegas Bedoya, Augusto Monterroso, Andrés Vergara Aguirre, además de tener el honor de contar con una de las obras fotográficas más notables de las artes contemporáneas latinoamericanas, la del guatemalteco Luis González Palma, quien, sin proponérselo, ha construido un paralelo sin igual que recuerda sin desfasos a la Comala de *Pedro Páramo*, y permite pensar que América Latina parece haber sido el producto de una creación poética. La última tierra, el último llano mestizo del globo. Un llano en llamas que cada cuanto apacigua su infernal trasformación para dejarnos ver a los ojos, a los ojos del otro que son los míos. Luego, vuelve la chispa sobre la paja seca y corre la candela.

Oscar Roldán-Alzate